

Colombia El mc

Con el paso del tiempo se percibe que Uribe no fue un reformador del sistema, ni tampoco tal vez el hombre que el país demandaba entonces, pero se le valoró que pusiera en marcha un ambicioso plan que puso fin a la sangría de muerte y violencia que acechaba Colombia. Designó sucesor a Juan Manuel Santos, algo de lo que ya se habrá arrepentido, y éste optó por un marco propio, se alejó del uribismo y a partir de ahí forjó la alianza con los antes denostados liberales y progresistas

RICARDO ANGOSO

Sin que nadie lo esperase e incluso contra todo pronóstico, la popularidad del actual presidente del país, **Juan Manuel Santos**, es incluso más alta que la del apreciado y siempre polémico ex presidente **Álvaro Uribe**. Santos, un hombre procedente de la oligarquía bogotana y de una familia de rancio abolengo que ha sido todo en Colombia, era visto antes de llegar al poder como un líder con escaso carisma, bien formado pero sin peso propio en la política colombiana y siempre a la sombra de su mentor político, Uribe, quien le designó como su sucesor en una apuesta de la que ya puede haberse arrepentido.

Muy pronto, como se fue viendo, Santos optó por una política interior y también exterior propias, se alejó del uribismo fetén y forjó una gran alianza con los antes denostados liberales y progresistas, desdibujados de la época Uribe, como su ministro del Interior, **Germán Vargas Lleras**. Los conservadores, presentes en el nuevo Ejecutivo, son los convidados de piedras tras adherirse incondicionalmente a Santos y abandonar el uribismo.



Motor del cambio

Luego, Santos, con su rápida reconciliación con el mandatario venezolano **Hugo Chávez**, al que consideró su “nuevo mejor amigo”, asombró a muchos, pero también alarmó a su derecha y a aquellos que temen que el régimen de Cara-

y logístico de este grupo armado. Pero por ahora, desde luego, el presidente Santos no puede tener queja y su popularidad está en alza: más del 80 por ciento de los colombianos aprueban su gestión, y el país vive una suerte de estado de opi-

nión absolutamente plácido y favorable hacia su peculiar Gobierno. Ni siquiera su gestión al frente de la difícil situación económica, que ni avanza ni retrocede, causa mella.

Abanderado del pleno empleo y de la generación de riqueza y bie-



cas siga desestabilizando el país a través de las organización terrorista Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Los papeles de Wikileaks al menos así lo revelan y señalan al régimen venezolano como principal sustento político

Santos, un hombre procedente de la oligarquía bogotana, era visto antes de llegar al poder como un líder con escaso carisma, bien formado pero sin peso propio y siempre a la sombra de su mentor

nestar para todos los colombianos durante su campaña electoral, el presidente Santos tiene ante sí enormes desafíos y algunos inesperados. La reciente temporada invernal dejó más de dos millones de afectados y unos daños materiales incalculables, sobre todo en la zona costera de Colombia. A la difícil situación social y económica de estas zonas del Caribe hay que añadir ahora un estado de emergencia con el que no se contaba y unos daños en infraestructuras inesperados. Habrá que destinar ingentes recursos a la reconstrucción del país.

El principal desafío social del presidente es la pobreza. Más del 50 por ciento de la población, por mucho que algunas instituciones



Álvaro Gómez, símbolo de la tragedia y la impunidad en Colombia

El 2 de noviembre de 1995, cuando salía de la Universidad Sergio Arboleda, era asesinado en Bogotá el político y periodista Álvaro Gómez. Tenía 76 años y dejaba tras de sí una intensa vida política y social, habiendo sido varias veces candidato presidencial. Fue inspirador de la Asamblea Constituyente de 1991, cuya Constitución sigue vigente hoy en día.

Gómez, que había sufrido un secuestro a manos de la guerrilla del M-19, en 1988, había defendido siempre las vías políticas y pacíficas para resolver los agudos problemas que padecía Colombia. Procede del conservadurismo más puro, cuyo principal ideólogo había su padre, el presidente Laureano Gómez, fue poco a poco moderando su discurso y acabó, finalmente, abrazando posiciones de cen-

tro democrático bastante distantes de las de su progenitor.

El político asesinado, además, fue testigo del convulso y controvertido mandato del presidente Ernesto Samper, cuya presidencia del país se caracterizó por la presencia de fondos del narcotráfico en su campaña electoral y por el 'Proceso 8.000', que condenó

al país al ostracismo internacional y al aislamiento. Samper, que fue considerado ni inocente ni culpable al ser juzgado por este asunto por el Congreso de la República, es el único ex presidente de Colombia que no goza, ni siquiera hoy, de la visa norteamericana.

En ese contexto tan críti-

co, donde el narcotráfico se había extendido como un pulpo por la sociedad colombiana, Gómez se convirtió en uno de los mayores críticos del presidente Samper y del estado de cosas en que vivía el país. La criminalidad golpeaba con fuerza, la mafia del narcotráfico se había apoderado del poder político y económico y la nación estaba a punto de disolverse como un azúcarillo; Colombia vivía en el caos total y Gómez se había convertido en una de sus más valientes voces contra la impudicia.

"Samper no puede renunciar, pero debe irse", afirmaba en uno de sus punzantes editoriales publicado en 'El Siglo' unos días antes de que lo asesinaran. Según sus allegados y familiares, este editorial, junto con otros del mismo signo, fueron la causa que provocaron su asesinato. También



oficiales maquillen las cifras, viven en la pobreza, y un 20 por ciento de esta población, en la indigencia, es decir, que no cabe un pobre más en el país, como aseguraba recientemente el senador de izquierdas **José Enrique Robledo**.

Luego los datos macroeconómicos tampoco indican que este año se vaya a generar un crecimiento económico espectacular. Tanto el Fondo Monetario Internacional (FMI) como el Banco Mundial (BM) hablan de entre un 4 y un 5 por ciento, lo que sitúa a este país en una línea muy parecida a los miembros de la “muchachada bolivariana” y que revelaría un cierto fracaso en su mode-

lo basado en la supuesta confianza inversionista de la época Uribe.

En lo que respecta a las inversiones extranjeras, crecieron algo en el 2010, pero se ha demostrado que las mismas, a pesar de la notable confianza que genera Colombia en los mercados internacionales, no han redundado en beneficio de la mayoría de la gente; la pobreza no descendió y la concentración de la riqueza sigue siendo muy desigual. No existe ni cohesión social ni una clase media al estilo europeo.

Pese a que el nuevo presidente no ha abandonado la política de seguridad democrática que tantos éxitos le dio al presidente Uribe, que consiguió espectaculares golpes en su lucha contra el terrorismo, hay un nuevo estilo de hacer las cosas en Colombia de la mano del presidente Santos. Aparte de algunos gestos que no le perdonan los ex partidarios de Uribe, como nombrar a conocidos adversarios del anterior mandatario como ministros, Santos ha demostrado en apenas semanas que quería distanciarse de Uribe y darle un sello propio a su mandato, como se vio con la reconciliación con Chávez y con su giro a la izquierda en política exterior,

sus denuncias contra lo que denominaba el ‘Régimen’ colombiano, que no era más que un sistema político plagado de vicios y prácticas poco transparentes, le granjearon potentes e implacables enemigos, como los caciques y caudillos que habían crecido a la sombra del narcotráfico y que conspiraban contra él para matarle.

Así se refería Gómez al “modelo” colombiano: “A ese Régimen que se ha instaurado en Colombia, imitando al que existe en México desde hace 66 años con el nombre de PRI, pertenecen, con distintos grados de afiliación, el Congreso, los partidos políticos, la prensa oficialista, algunos grandes bloques económicos y sectores minoritarios de los sindicatos, de la Iglesia y de los gremios. Y, claro está, el Gobierno”.



El crimen, al día de hoy, sigue impune y el carrusel de fiscales, falsos testigos, pruebas desaparecidas y nula cooperación de las instituciones siembra de dudas el verdadero interés por parte de las autoridades por resolver este luctuoso suceso. Para su familia, el asunto es claro: fue un crimen de Estado con mayúsculas y en su no esclarecimiento, dadas las repercusiones que hubiera tenido para los implicados, existe la sospecha de un claro complot.

El narcotraficante extraditado a Estados Unidos Luis

Hernández Gómez, alias ‘Rasguño’, acusó directamente al ex presidente Samper y a uno de sus ministros de entonces, Horacio Serpa, de estar detrás del crimen y de ser sus autores intelectuales. Evidentemente, ambos negaron la acusación y le quitaron toda credibilidad al narcotraficante detenido. Meses después, en un crimen ritual ocurrido en un restaurante ante decenas de personas, un sobrino de ‘Rasguño’ fue asesinado como aviso sin que al día de hoy tampoco hayan sido detenidos los responsables y se detecten

avances en el esclarecimiento del hecho. ‘Rasguño’ cesó inmediatamente en sus acusaciones y actúa con mayor cautela desde entonces. Algo lógico en un país como Colombia.

En cualquier caso, y cuando han pasado más de 15 años del magnicidio que conmocionó a Colombia en su momento, la impunidad es total y nada induce a pensar que en los próximos meses vaya a haber avances en una investigación que es un puzzle donde faltan numerosas piezas. Cuando quedan apenas cinco años para que este caso prescriba, tal como señala la ley colombiana, son muchos los que piensan que el caso Álvaro Gómez será uno más de los miles de asesinatos que quedan impunes en la ensangrentada historia de Colombia. ¿Será así? ■

viajes a Brasil y a Argentina incluidos. Para Santos, a diferencia de Uribe, los Estados Unidos no son ya el epicentro de la agenda internacional colombiana, sino un actor más en un mundo complejo y global que implica una política exterior multipolar.

■ Chispa populista

Aunque a Santos le falta el gracejo y el carisma de Uribe, que conectaba bien con los sectores más desfavorecidos y tenía la suficiente chispa populista para arrasar en los famosos consejos comunales, el nuevo presidente ha llevado en sus primeros meses una agenda frenética y se empeña en estar presente en numerosos actos y eventos de todo tipo, mostrando una energía y una capacidad de trabajo encomiable.

Santos tenía ante sí un enorme reto al llegar al Gobierno del país: demostrar ante los colombianos y ante el mundo que tenía agenda propia y que podía actuar no sólo con autonomía, sino con independencia con respecto a Uribe, que le designó sucesor claro tras fracasar en su intento por ser reelegido por tercera vez. Parece que en estos meses lo ha logrado.

Sin embargo, también parece que en Bogotá la luna de miel que se vivió entre el designado Santos y su mentor, Uribe, está a punto de terminar. Ya son muchos los análisis que señalan que las diferencias entre ambos acabarán mostrando la diversidad de proyectos entre el santismo y el uribismo, algo que inevitablemente provocará la ruptura entre ambos y anuncia probables turbulencias políticas.

Tampoco convivirán en un mismo espacio político y es más que seguro que la formación más claramente uribista, el Partido de la U, acabe rompiéndose o en manos de una de las dos líneas ideológicas,



Juan Manuel Santos y su antecesor en el cargo, Álvaro Uribe, en un acto oficial.

cada vez más marcadas. Lo que ya algunos perciben es que la oposición al presidente Santos, al haberse acercado a la izquierda moderada, será el uribismo. Los recientes “talleres democráticos”, organizados por los uribistas más acérrimos, comienzan a señalar una clara divergencia entre Uribe y Santos, tanto en las formas como en el fondo. Mientras tanto, los conservadores se mantienen al margen de la dispu-

ta y su protagonismo en la política colombiana es secundario.

Otra luna de miel que anuncia señales de seguro final es la que vive Santos con la opinión pública. Si en unos meses no hay resultados sociales y económicos claros, el desempleo no comienza a retroceder, las ayudas a los damnificados por el invierno no llegan y, sobre todo, la población no percibe alguna mejora, los sondeos y encuestas de po-

¿Estamos ante un complot?

Al parecer, si nos atenemos al abogado de la parte civil que se personó en el juicio por el asesinato de Álvaro Gómez, su sobrino Enrique Gómez, las cosas están claras: “Es un auténtico complot por evitar llegar al final del caso y conocer la verdad. Luego 16 testigos sin rostro que hablaron ante la justicia en su momento desaparecieron para siempre y nunca más se volvió a saber de ellos. Nunca más volvieron a aparecer, ni comparecieron ante la justicia para responder de lo que sabían. También se perdió el cuaderno donde estaban relatadas las identidades de estos testigos y nunca más volvió a aparecer, ¿qué se puede pensar de este cúmulo de irregularidades y encubrimientos? Desaparecieron las balas, el vídeo de la instrucción judicial sobre el día del crimen muestra unas clases de salsa, no existe ninguna prueba del asesinato...” Y sigue señalando a la mafia de la droga como principal responsable de este magnicidio nunca esclarecido: “Tenemos muchos problemas. No hay nadie sancionado ni investigado acerca de las pruebas desaparecidas. Creemos que existen pruebas y testimonios que demuestran la implicación y conexión de la mafia en todo este asunto. Han intimidado a testigos, han comprado a todo el mundo”. ■

pularidad comenzarán a mostrar una tendencia desfavorable para Santos. No sólo de un nuevo estilo político vive el hombre, sino que el país no está para bromas y necesita resultados plausibles. El uribismo dio grandes resultados en políticas de seguridad, pero no tuvo una gestión efectiva de lo social y ahora es lo que el país más demanda.

■ Todo un enigma

También tuvo éxito porque su gestión se desarrolló tras los mandatos de dos de los peores presidentes de la historia de Colombia, el liberal Ernesto Samper (1994-1998) y el conservador Andrés Pastrana (1998-2002), que sucumbieron ante los embates del narcotráfico y el terrorismo, respectivamente, y no supieron poner orden en un Estado que se derrumbaba irreversiblemente. Uribe no fue un reformador del sistema, quizá ni siquiera el hombre que el país demandaba, pero con llevar a cabo su ambicioso plan que trajo la seguridad puso fin a la inagotable sangría de muerte y violencia que acechaba al país desde hacía lustros.

Sin embargo, ahora están en juego otras cosas y nuevas asignaturas, quizá hasta más complejas. Luego está el enigma Santos, si será el hombre del verdadero cambio que Colombia necesita y profundizará en las reformas que una sociedad moderna demanda o será un presidente más, al estilo de los incompetentes venidos del viejo orden que gobernaron el país durante décadas.

La agenda de este país debe pasar por la lucha contra la inequidad, el desarrollo de las infraestructuras, una apuesta por la innovación y la tecnología, la creación de un inexistente sistema de salud, una mayor inversión en educación e investigación y la modernización de una administración obsoleta, subdesa-



El uribismo no fue efectivo en lo social, que es lo que el país ahora está exigiendo.

rollada, cargada de privilegios y absolutamente burocratizada y bastante cara. ¿Habrá aprendido el presidente Santos algo tras tantos años de vivir en el exterior y de conocer las realidades del mundo del siglo XXI? Ese el enigma Santos, si es el hombre de futuro que el país necesita o el líder anclado en los peores usos y costumbres del pasado. El tiempo nos dará la respuesta.

A Santos le tocará elegir, sin

mayores titubeos, es decir, predicar con el ejemplo y cumplir con la agenda social y económica que prometió en la campaña electoral o ser un simple eslabón en la cadena de un régimen agotado en sí mismo que no da para más, algo que sabe hasta una de las más rancias oligarquías del mundo, la bogotana, a la que él paradójicamente pertenece. Seguiremos esperando la respuesta. El enigma continúa. ■



Los embates del narcotráfico y el terrorismo sólo han traído mayor inestabilidad.